

Estoy en el rincón de una cantina

Jesús Vicente García



Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

I

SALA AMPLIA. ADORNOS NAVIDEÑOS. Jóvenes de veintisiete beben cerveza, comen tacos de carnitas y barbacoa y hablan de sus tiempos de secundaria. Cuatro mujeres, *aífon* en mano, cuidan a sus niños de entre cuatro y seis años. Una pantalla grandota proyecta videos de los Cranberries, Nirvana, R.E.M., Guns n' Roses, Oasis y toda una caterva de noventeros aceptables, a un volumen relativamente bajo, dicen que ya no aguantan la música tan alta, que esos tiempos ya pasaron. Una joven delgada pide que mejor pongan *Aserejé*, que en el 2002 estuvo de moda, con unas cantantes flacas españolas; su petición tuvo quórum y se ponen de pie solteras(os) y casadas(os) (sin soltar sus celulares, por supuesto), para recordar cuando la bailaban en el salón de clases de la escuela secundaria número no sé qué, de nombre no sé cuál, de la colonia Narvarte. Veo las curvas de las casi treintonas que no están nada mal. Algunos caballeros prefieren seguir fumando con un buen trago, publicando fotos y comentarios en su red social. Yo voy a la mesa por otro par de tacos de pura maciza, original y copia, una salsa roja que pica sabroso, su pastura bien al alba y mi vaso de coquita, al fin que la colitis ya pasó. Se siguen con las coreografías de *Caballo dorado*, *Payaso de rodeo* y *La Macarena*. Me siento junto a dos tipos que hablan de los avionazos en las Torres Gemelas en Nueva York, en el 2001, cuando iban en la secu.

—Tú sí te has de acordar bien de eso —me dice un güero de anteojos, como si nos conociéramos desde la secundaria y como si yo fuera un archivo vivo de esa década. Me atiborra de preguntas junto con el otro apiñonado que lleva cinco cervezas al hilo. Una mujer petacona se los lleva para bailar *Caballo dorado*. Al verlos, confirmo que mi generación de secundaria nunca ha hecho una reunión, aun cuando hay

redes sociales. Me da cierta nostalgia. Los dos amigos me vuelven a abordar, ya con Basilio anexado, quien se la ha pasado bailando y sabroseándose con la petacona; me atiborran de tequila, mi lado flaco, y nos dieron las diez y las doce, y hablamos de política, de rock, de cocina, de mechudos y jergas, de la corrupción y películas; entonces, el de anteojos que se cree intelectual dice que mi generación escuchaba puras porquerías de José José, Roberto Carlos, Camilo Sesto, Luis Miguel, Miguel Gallardo, Estela Núñez, Timbiriche. Se me sube el tequila y le digo que al menos había intención de originalidad y que a su generación le tocó pura mierda de música grupera, reguetonera, generación noventera y dosmilera copiona, de *covers*, carecen de imaginación, y con internet se doctoraron en *copy-paste* sin leer. Una morena dice que ellos nacieron ya con el chip de la tecnología y que yo soy hijo de lo caduco. “Caduco, pero pensante. ¿Cuál chip? Usar un cel y estar todo el tiempo conectados, ¿qué?, no mamen, dependen uno del otro, no saben estar solos, pinches hijos esclavos de Jobs y Gates”. Basilio tiene que poner orden junto con la dueña de la casa. La mujer delgada me saca a bailar una salsa de Niche y las aguas se calman. Me dice que quiere beber una cerveza fuera de la reunión. Nos pregunta si nos vamos con ella, aunque estamos cerca de casa aceptamos un aventón en su camioneta.

Al despedirme me dan beso en la mejilla y los tipos me dan un abrazo, yo que pensé que me odiaban. Me gusta su generación. Me siento al lado de la conductora. Basilio y la petacona atrás, con otros tipos y tipas. Va a dejar a sus casas a éstos. Sigo tequileando con la del volante sin temor al alcoholímetro. Ella los esquiva vía información tuitear. Siento su mano en la pierna con fondo de Red Hot Chili Peppers. Dice que le recuerdo a un maestro de la universidad. Sólo quedamos cuatro. En lugar de llevarnos a casa se estaciona frente a la cantina *Las Américas*, en Obrero Mundial, cerca del Eje Central.

II

Meseras vestidas al estilo Santa Clos, minifaldas plegadas rojas, zapatos con peluche, blusa blanca con verde y un gorro rojo. Pedimos cervezas. La mujer delgada, de nombre Roberta, me pregunta si en verdad creo que somos una generación copiona. Sí. Sonríe. Basilio me recuerda que nos tenemos que ir en un ratito porque él mañana debe estar bien, su papá vendrá al Distrito Federal. “Además, no puedes beber tanto”. Lo que he aprendido es aparentar que bebo mucho, así que borracho no estoy, pero sí con unas copas encima. Roberta acaba la primera cerveza. Va a la rocola y pone “Un gato en la oscuridad”, de Roberto



Carlos. “Mis padres me pusieron Roberta por ese cantante”. Estoy a punto de reirme. Me abraza: “Ríete, te entiendo”. No me burlo, sólo que es curioso. Pide más cervezas y seguimos con esa música noventera en inglés y ochentera en español. Tres de la mañana.

Decimos que nuestras generaciones pueden ser distintas por los gustos musicales, los *covers*, la ropa, los momentos históricos, pero coincidimos en que a ninguna le tocó un país en paz. Desde que me acuerdo, dice Roberta, veo matanzas, marchas de todo tipo, partidos políticos asquerosos, líderes hipócritas, empresarios que se matan entre sí, estudiantes que desaparecen y luego aparecen torturados, calcinados y nadie sabe quién fue; mi México está más que madreado. La abrazo. Le digo que a mi generación aún le tocó sorprenderse de noticias como un cuerpo sin cabeza, cuyo eco duraba semanas. Ahora eso es del diario, ya no hay capacidad de asombro. Las generaciones nuevas y las nuestras estamos acostumbrados a la muerte, a la corrupción llena de cinismo. Nos ha tocado ver un país que se enfermó de narcotráfico, corrupción, venganzas, ansias de poder y demasiada realidad.

III

La cruda me está matando. La pantalla me obliga a hacer bizcos. Miguel me sugiere a Víctor MTS. Veo su foto. Es mi ex compañero de secundaria. Acepto. En unos segundos ya estamos chateando. A los tres nos gustaba escribir canciones de la radio y cantarlas. Jugábamos a fumar. Después la vida jugó con nosotros. Hablamos de las novias de ellos, porque yo no tuve más que una y eso fue de dientes para afuera. Víctor sí que era noviero. Miguel le seguía. Un miércoles quedamos de irnos de pinta al día siguiente para ver *Gavilán o paloma*, con José José, pero ya no fuimos, un terremoto se nos puso en el camino. Víctor ya no fue a la secundaria. Se le cayó la casa. La ciudad era un caos. La mamá de Miguel se salvó de quedar atrapada en el edificio de las costureras de San Antonio Abad, tuvo cita en la clínica, no fue a trabajar. Fuimos a ver a Víctor a uno de los campamentos de la Obrera, hecho de láminas. Él vivía en la 1ª Cerrada de

Eje Central, conocida como el “Callejón del Diablo”, lugar muy temido, famoso por bravo, por sus tocadas y sus chavas, y en Sábado de Gloria bañaban a quien se metiera ahí. Víctor siempre fue trabajador. Atendía un puesto de verduras en el Mercado de San Juan, en Salto del Agua, después fue vendedor ambulante en Zona Rosa, luego puso un puesto de quesadillas, trabajó en la construcción del metro línea 8 y le perdí la pista. Ahora sé que tiene dos hijos y seis nietos, y que los excesos le han pasado la factura con achaques marca mayor.

Miguel trabajó en el Sears de Miguel Ángel de Quevedo, también en Plaza Universidad, la hizo de payaso, de mantenimiento en esas tiendas grandes, después se fue de comerciante a Uriangato, Guanajuato. Lo fui a visitar un par de veces en los noventa. Fui a su boda. Aún bebíamos cerveza. El calor lo ameritaba. Con él he tenido cierta comunicación esporádica vía celular, y no fue sino hasta que abrió su página de féis en que comenzamos a platicar mucho. Sé de su vida, de sus dos hijas de secundaria, de su gusto por el box y su inscripción a un gimnasio, y que se retiró de beber y fumar a tiempo, porque no desea que ninguna de sus hijas lo vea borracho.

Ahora nos conectamos y videoplaticamos. El tiempo y la distancia se acortan con la tecnología. Les platico de la reunión con los noventeros y entonces más recordamos y más sostenemos que nuestra generación fue picuda, que ya hubieran querido ir a la biblioteca en lugar de buscar las cosas en internet, que nuestros juegos necesitaban imaginación y que si cantábamos rolas que interpretaban José José y anexas era porque nos enamorábamos de la vida; que no somos hijos de lo caduco, sino del terremoto de 1985 que en tiempos de la secundaria nos tocó vivir para valorar cada centímetro de vida, aunque aceptamos que en parte la echamos a perder con los excesos, y aún deseamos continuar; Miguel por su familia, sus hijas, su negocio; Víctor en lo mismo, después de un coma diabético sabe que con la vida no se juega, y yo que después de casado y treintón entré a la universidad porque no me podía detener so pretexto del trabajo y la carencia del dinero. Vemos nuestros defectos y

también las virtudes, qué caray, por eso pensamos que hace falta una reunión con aquella generación de la secundaria de la que, por cierto, ya no hemos visto a nadie, todos se dispersaron, y uno recuerda con quienes fuimos a fiestas, nos peleamos, nos quisimos, jugamos basquetbol, intentamos el noviazgo, el primer trago de cerveza, los pasos de baile, las caminatas nocturnas después de una tocada, una fiesta de quince años, cigarro en mano queriendo ser adultos, nos sentíamos grandes en esas calles de la colonia Obrera con nombres de escritores, o de la Doctores, en callejones a media luz, hablando el lenguaje del barrio nocturno, hechos a imagen y semejanza de la adolescencia que va abriendo los ojos, y que un día sin darnos cuenta dejamos de ser adolescentes para convertirnos en adultos y afrontar eso que llaman vida con responsabilidad para aprender a sobrevivir en un mundo raro que nos tocó esa generación a los veinte años, en que la ciudad después del terremoto se llenó de locales de grandes cadenas y centros comerciales, todas igualitas, que todavía venden pizzas, hamburguesas, ropa, glamur, olores ricos, y luego supimos que eso era la globalización, que nos uniformaban hasta en el gusto por el comer. Sonreímos con la tecla en la

mano, mientras nos vemos a los ojos, pantalla de por medio, para decirnos también que nos vemos guapos, que hazte a tu derecha, ¿quién es la que te saludo?, ¿tu esposa?, ah mira, pues aquí está mi hija, le da pena y se va. Tiene sus virtudes la tecnología y por eso la utilizamos porque somos verdaderos hijos de nuestro tiempo.

IV

Estamos en el rincón de la cantina *Las Américas*. Pedimos más cerveza en este final de año y principio de otro, y cuyo futuro no lo sabemos; el futuro no existe, sólo el presente, es lo que debemos cuidar, es lo único que tenemos. A sus veintisiete años, Roberta está dolida, repleta de frustración social. Lloramos la ciudad que nos tocó vivir, el país que debemos cuidar. Basilio, la petacona, Roberta y yo nos abrazamos como jugadores de americano cuando se ponen de acuerdo para la próxima jugada, y decimos que pase lo que pasare vamos a ser positivos, a cabalgar contra todo, como don Quijote, sin importar las consecuencias, como los verdaderos héroes; somos rostros ebrios cuyas lágrimas sociales no pueden quedar inocuas. Scorpions, en la rocola, ejecuta "Vientos de cambio". Y la cantamos hasta el amanecer. **▲▲**

